



XXII

Acudí con toda puntualidad á la cita del abogado. Aguardé en la esquina próxima la hora señalada, y al sonar ésta en el reloj de la Parroquia me presenté en el despacho. El jurisperito, gran madrugador, había vuelto de misa y del acostumbrado paseo por la alameda de Santa Catalina, ó sea el Bosque Pancracio de la Vega, y muy instalado en su poltrona aguardaba la llegada de su nuevo amanuense.

—¡Adelante, joven!—dijo en alta voz—¡Adelante! ¡Bien! ¡Bien! ¡Me place la exactitud! Tome vd. asiento. Voy á decirle cuáles son aquí sus obligaciones. No hay aquí mucho trabajo, pero bueno es que sepa vd., amigo mío, que aquí no se pierde el tiempo!

—Puede vd. ordenar lo que guste.....—res-

pondí, sentándome en una silla de ojo de perdiz, muy vieja y vacilante.

—Vendrá vd. á las ocho de la mañana, en punto, como ahora. A las ocho. . . . ¿me entiende vd.? ¡En punto! Saldrá vd. á la una, hora de ir á comer. Por la tarde, á las tres. ¡En punto de las tres! Trabajaremos hasta las cinco. A esa hora puede vd. retirarse. Cuando tengamos algo extraordinario trabajaremos hasta concluir. Pero esto no sucede más que de tarde en tarde. ¿Está vd. conforme? ¿Sí? Pues bien, quedamos arreglados! Si al llegar ve vd. cerrado el despacho, señal es de que aun no vuelvo ó de que estoy durmiendo la siesta. Entonces pide vd. las llaves á las niñas, y abre vd. Ahora, á otro punto. No quiero retribuir el trabajo de vd. como á los demás, de una manera eventual, á lo que caiga. Así lo hice con otros; pero con vd. será otra cosa. Le estimo á vd., y á su familia, y me complazco en proteger á los jóvenes listos y de porvenir, por lo cual he decidido señalar á vd. un sueldo fijo. Así no quedará vd. expuesto á contingencias nocivas para sus intereses.

Hizo una pausa, me vió de arriba abajo, y agregó:

—Tendrá vd. quince pesos mensuales. Me pa-

rece que para empezar es una cantidad. . . . muy decente!

Era una miseria, sin duda, pero, dadas mis circunstancias, aquella cantidad me pareció el premio gordo. En los términos más corteses contesté que agradecía el favor, y que procuraría corresponder á la confianza que se me dispensaba.

Castro Pérez me interrumpió:

—Joven: me prometo hallar en vd. lo que tanto he deseado, lo que hasta hoy no pude conseguir: un escribiente activo, inteligente y útil. No perdamos el tiempo. En aquella habitación encontrará vd. lo necesario para escribir. Vamos á despachar, antes de que principien á llegar los clientes. Ya verá vd. ¡Esto es atroz! No paro en todo el día. Esto parece un jubileo.

Se levantó, y fuimos á la pieza contigua.

—Tome vd. asiento. ¡En facha! Voy á dictar un escrito.

Me puse en *facha*. Castro Pérez se caló una gorra de terciopelo verde bordada de oro, á manera de fez, con una gran borla que colgaba hacia atrás y se balanceaba como un péndulo. Mi hombre se compuso las gafas, y con las manos atrás, ocultas bajo los faldones de la pringo-

sa levita, principió á pasearse, mientras yo, con el papel delante y lista la pluma, me disponía á escribir.

Después de largo silencio, durante el cual el jurisperito recogió sus ideas, y tosió y se sonó con el inmenso pañuelo de hierbas, habló en tono muy enfático:

—Ciudadano Juez . . . ¡Dos puntos!

Y yendo, y viniendo, Castro Pérez dictó larguísimo alegato, en estilo pesado, difuso, verdaderamente fatigador, empedrado de latines y citas de las Partidas, (mi hombre se las sabía al dedillo), y lleno de los mil primores y maravillas de la jerga jurídica.

Castro Pérez alardeaba de ser un *dictador* de primera fuerza, como César, Isabel de Inglaterra, Napoleón y el Arzobispo Munguía. Es verdad que dictaba sin tropiezos ni vacilaciones, sin que fuera preciso repetirle la frase anterior, sin que el amanuense le hiciera eco, murmurando entre dientes la última sílaba de la palabra final; pero así salía aquello. Compadecí de todo corazón al infeliz magistrado que tendría que echarse al coleto el indigesto farrago, y temí que de puro aburrido sentenciara en contra de los patrocinados por Castro Pérez.

Leí en alta voz el alegato. Mi hombre quedó satisfecho.

—¡Bien! ¡Bien! — exclamó. — ¡Mucha lógica! Veamos esos latines.

No les puso tacha. Entonces le hice observar, muy delicadamente, que se le había escapado una concordancia gallega, una de aquellas concordancias por las cuales nos castigó tantas veces don Román.

—No, joven,—replicó disgustado Castro Pérez — así está bien! En eso sí que ninguno me enmienda la plana, amiguito. ¡Así está bien! ¡Así debe ser! Recuerde vd. aquella reglita del Nebrija . . .

Y no la dijo.

Mi hombre prosiguió:

—Amigo: sepa vd. que en esa materia no le temo á nadie, ni á López su maestro de vd., que lo vale, lo vale para eso de los tiquismiquis gramaticales! Larga y erudita polémica tuvimos él y yo. Escribimos más que el Tostado. Román decía que debe decirse *villaverdino*; yo, que debemos decir *vilaverdino*. La victoria fué para mí.

Efectivamente, en Villaverde todos decían y

escribían *villaverdino*, hasta que, en mala hora, se le ocurrió á un periodista dudar de la acertada formación de la palabreja. Se alborotó el cotarro: salió á contender el *pomposísimo*; saltó á la palestra Castro Pérez; charlaron los pedagogos á su sabor; la cosa llegó al Cabildo, y los ediles tuvieron asunto para varias sesiones. Villaverde se dividió en dos bandos; *villaverdino* el uno, *villaverdino* el otro, y se armó la de Dios es Cristo. El dómíne y el abogado se dijeron mil perreñas; el periodista se metió en cabaña, y la budística ciudad estuvo mucho tiempo entretenida con la polémica.

Por fin, el Gobierno del Estado puso término á las disputas. Expedió una circular que cayó como bomba en Villaverde. Con la tal circular sancionó el Ejecutivo la opinión de Castro Pérez.

Desde entonces en mi querida ciudad natal todo el mundo dice y escribe *villaverdino*, menos don Román que no se da por vencido.

Firmó el jurisconsulto su alegato, se quitó el bordado fez, tomó el sombrero y el bastón, y se fué á la calle.

Apenas salió el jurisconsulto me puse á examinar el despacho. Era el despacho típico de los abogados de provincia.

Dos piezas. En una, la que estaba destinada al amanuense, unos estantes con papeles y legajos polvorientos, comidos de la polilla, folletos y periódicos, en paquetes atados con hilo de Campeche; una mesa secular, cubierta con una carpeta de paño verde, manchada de tinta; gran tintero de plomo, una marmajera del mismo metal, dos plumas dignas del gabinete de un arqueólogo, y un retal de casimir negro para limpiar las plumas, procedente, sin duda, de algún pantalón viejo del abogado. Enfrente de la mesa un banco conventual y tres sillas desvencijadas, para los clientes que esperaban audiencia. Las paredes blanqueadas con cal, el piso ladrillado y sucio. ¡Qué falta hacían allí unas escupideras!

Tenía mejor aspecto el gabinete de Castro Pérez. Paredes, piso y techo iguales á los de la otra pieza. Aseado, en cuanto era posible, dada la incuria de su dueño, el tal gabinete mereció toda mi atención.

Daba frío, el frío polar que sentirán los que pierden un pleito, y se arruinan, y se quedan á un pan pedir por culpa de un patrono ignorante, ó torpe, ó desidioso.

Muebles: dos estantes de cedro, con alambrea, llenos de libros viejos, infolios monumentales,

añosos pergaminos que nadie tocaba, en los cuales ninguno ponía mano, y que estarían hechos polvo. Y cuenta que, según me dijo cierto día Castro Pérez, valían mucho, mucho, mucho!

—¡Nada, joven!—repetía el abogado acariciándose el abdomen—En esos libros está la ciencia. Todo lo que ahora priva lo encuentra vd. allí. En esos librotos que ve vd. allí, tan desdeñados por los eruditos á la violeta, es donde beben los sabios de hoy cuanto hay de bueno en sus flamantes teorías, que es poco. ¡Y luego nos presentan sus novedades, muy orondos y pagados de sí! Aquí viene muy á pelo lo que dijo un músico célebre de un innovador. En todas esas sabidurías de los abogados de hoy no falta lo nuevo, ni lo bueno. . . . Pero. . . . ¡ni lo bueno es nuevo, ni lo nuevo es bueno! Sí, joven; no hay que tomarlo á broma ó á engreimiento mío con las cosas antiguas: en esos pesados volúmenes está la ciencia, la verdadera ciencia!

Casi en el centro del gabinete, una mesa, una gran mesa con su cubierta de paño verde, que caía hasta cerca del suelo, dejando ver los pies del mueble, unas garras de león ó de grifo que hincaban en sendas esferillas las pujantes uñas, como en misera presa famélico milano.

Cargada de legajos y mamotretos, aquella mesa característica no tenía espacio libre en su ancha superficie. Detalle fastuoso de aquel cerebro de papeles: valioso tintero de plata, (sin uso, porque Castro Pérez se servía de uno de plomo) un verdadero tintero colonial, de oidor enriquecido, ó de canónigo próximo á obispar, con una campanilla que le servía de tapa.

De entre aquella cordillera de olvidados expedientes, de los cuales hasta sus dueños habían perdido el recuerdo, y aglomerados allí por la contumaz procrastinación del ilustre Papiniano villaverdino; de entre aquella balumba de papeles amarillentos y polvorosos surgía un crucifijo, un cristo de talla, hecho en Guatemala, al decir de don Juan. La divina imagen, fija en el madero con cuatro clavitos de plata, se me antojó, en tal sitio, oportuno signo de resignación. Desencajadas las facciones, pálido el rostro, amoratadas las sienes, afilada la nariz, los ojos mortecinos, los labios entreabiertos por la agonía, me pareció que dirigía á los mamotretos echados en olvido, dolorosa mirada de extraña compasiva piedad.

El único mueble moderno que allí había era una poltrona de caoba, obsequio de algún cien-

te agradecido. En ella se arrellanaba el jurisperito con gravedad de obispo en misa pontifical.

Cerca de la ventana, sobre un tapete empalmeado, dos *butaques* medellineros, de cuero resobado y lustroso, y un gran sillón, incomparable para dormir la siesta. Los visillos de la vidriera, en un tiempo blancos, tenían hoy color de ceniza húmeda, y en sus pliegues eran visibles los estragos de la polilla.

Frontero á la ventana, encima de una mesa entre dos jarrones de porcelana, un reloj de cristal, una lira, con la esfera de cobre dorado y las cifras esmaltadas de azul, bajo roto fanal cuyas partes estaban cogidas con lañas de papel. La forma de aquel reloj recordaba las aficiones poéticas del jurisperito. Parado, siempre mudo, siempre señalando la misma hora, me parecía aterrador como la eternidad.

Entré un estante y la pared estaba otro reloj de pesas, en larga y estrecha caja de ébano siempre andando, siempre arreglado. Previo un sordo gruñido de sus intestinos de cobre, soltaba un repique de cien campanillas de timbre agudo y disonante, y luego con voz grave y solemne daba la hora: ¡tón! ¡tón! ¡tón!...

Yo, al ver aquellos relojes me decía: Uno pa-

ra los clientes, el de pesas; otro, el de cristal, para el señor licenciado.

A la derecha, junto á la ventana, un cuadro atribuido á Cabrera: San Juan Nepomuceno, vestido como un canónigo angelopolitano, presentando, asida con el pulgar y el índice de la mano derecha, una cosita, roja como fresa estival, la lengua sanguinolenta, acabadita de cortar. El rostro del mártir me causaba risa; era una carita de tonto, pálida, risueña, sin majestad, sin nobleza, sin la expresión augusta que corresponde á santo tan ilustre.

A la izquierda, en un marco dorado, bajo un cristal verdoso y orlado de oro sobre fondo negro, un retrato de Don Antonio López de Santa-Anna, de gran uniforme, al cuello la cruz de Guadalupe.

Uno igual había en mi casa. La buena de mi tía Pepa le relegó al cuarto del baño.

—¡Allí está bien!—decía, cuando le hacíamos notar la profanación—¡Allí, allí está bien! ¡A ese maldito viejo debemos todas nuestras desgracias! A eso de las diez comenzaron á llegar los clientes. Primero, una logrera irascible que se fué echando chispas, muy quejosa del abogado; después unos indios que entraron tímidos y res-

petuosos, con el sombrero entre las manos, vestidos de limpio, al hombro el zarape purpúreo.

Traían para don Juan un par de pavos. ¡Qué pavos! Que ni de encargo para un mole en los callejones de Barrio Viejo el día de Difuntos!

Habló el más listo.

—*Aquí te lo trais el guajolotito de la ofrenda para el señor licenciado....*

Alguien me dijo después que aquellos hijos de Motecuhzoma eran ediles de un pueblo cercano, clientes de don Juan en un lite de quince años, para recuperar una dehesa y una faja de monte.



XXIII

Grato pasatiempo diario fué para mí la tertulia que se reunía todas las tardes, dadas las cinco, en el despacho del jurisconsulto. Concurrían de ordinario en aquel sitio, el Dr. Sarmiento (á menos que los deberes de su profesión se lo impidieran), don Cosme Linares, y el escribano Quintín Porrás. Éste era el alma de la tertulia por lo bullicioso y decidor. Inteligente, instruido, perspicaz, oportuno, hacía que le oyéramos sin darnos cuenta de las horas que pasaban. Recibió el título á mediados del 67; había estudiado en Villaverde, en Pluviosilla y en México. Leía mucho, y aunque joven, y al parecer ligero, tenía grande afición á los estudios serios; gusta-

ba de las ciencias eclesiásticas, y siempre andaba á vueltas con la Moral y la Teología. Había que escucharle cuando soltaba la sin hueso. Le dominaban dos pasiones: la de controvertir y disputar, y otra, muy dulce y pacífica, el tresillo nocturno en casa de Sarmiento, con el P. Solís, don Cosme, y algunos más. Baltroneró como el mejor, á causa de la vehemencia de su carácter, cuando tomaba la palabra era imposible cortarle la hebra del discurso. Cuando él peroraba nadie metía baza; era capaz de discutir con el lucero del alba, y hasta con los moradores de ultratumba. Cierta vez,—así lo cuentan en Villaverde,—el amigo Porras fué llevado á un círculo espiritista, con visos de logia masónica, fundado recientemente por don Juan Jurado, un *huizachero* de Pluviosilla. El gran círculo, centro de teósofos y de libres pensadores, formado al uso del liberalismo más avanzado, era por aquellos días piedra de escándalo para los piadosos timoratos villaverdinos, y dió quehacer y congojas al Cura y á sus vicarios, y mucha tela para sermones al bueno del P. Solís; y, qué más, hasta puso en manos del *pomposísimo* la pluma gloriosa del apologista. Los individuos de la sociedad católica fundaron un periódico, LA ERA CRISTIA-

NA, que, sea dicho de paso, y repitiendo las palabras del dómine, *es el papel que habla más alto en favor de la cultura villaverdina*. Le redactaba don Román, ayudado por el exclaustro y por Castro Pérez. Porras no pudo refrenar sus bríos, y se metió á periodista, y publicó en LA ERA unos articulillos con mucha sal y pimienta y mucho sí señor, enderezados á impugnar las nuevas y perniciosas doctrinas. Mucho me dieron que reír los articulitos de Porras, quien, bajo el pseudónimo de *Canta Claro*, hizo gala de sus saberes y dió cada telpa á los ardorosos discípulos de Allan-Kardec, que Dios tocaba á juicio.

Los del bando espiritista no se quedaron callados, y á su vez sacaron un papel, rotulado LA NUEVA REVELACIÓN, en el cual trataron á los de LA ERA poco menos que como á cafres ó negritos del Congo. Porras, especie de Veillot villaverdino, cobró alientos, apuró su ciencia, y extremó sus sátiras contra los que él llamaba *destructores de la unidad religiosa de la blasonada Ciudad*. Se armó el zipizape; Villaverde tuvo con que entretenerse cada domingo, y las cosas subieron á tal punto que á poco se llegan á las manos los exaltados contendientes. El Cura, persona muy juiciosa y prudente, puso paz en ambos

ejércitos, y la budística población volvió á su calma y tranquilidad habituales.

Antes de que las cosas llegaran á tal altura, Venegas, presidente del nigromántico senado, supo ó sospechó que *Canta Claro* era mi amigo Porras, y acometió la empresa de llevarle al círculo para que presenciara las maravillas que allí se *producían*. Sacó el cuerpo mi don Quintín; pretextó ocupaciones; se negó á tratar del asunto, como no fuera en los periódicos; pero Agustín perseveró en la empresa, y . . . la curiosidad pudo más en el ánimo del improvisado escritor que las censuras de la Iglesia. Porras fué llevado á una reunión extraordinaria, especialmente convocada para que el incrédulo *Canta Claro* saliera de allí vencido *por los hechos*. Así lo dijo en varios corrillos el sabihondo Jurado que era el más fanático de la cohorte nigromántica.

Allí tuvo que habérselas mi amigo con el mismísimo Voltaire. El célebre escritor no tardó en acudir al llamado de la pitonisa, y ésta escribió bajo la influencia del evocado espíritu, en castellano de gacetilla, y en estilo difuso y pesado, semejante al de los redactores de LA NUEVA REVELACIÓN, no sé cuántas perrerías luteranas contra la confesión auricular.

Es fama que al oírlas saltó Porras en el asiento, como lanzado por un resorte, y pidió la palabra para decirle á Voltaire cuanto era del caso. Echóle en cara su mala fe, las contradicciones de sus escritos y su desprecio para con la nación francesa; citó textos del mismo Voltaire que decían de la confesión cosas muy distintas de las que ahora repetía, y acabó, con grandísimo escándalo de los sectarios, por negar que fuese Voltaire quien hablaba por boca de la pitonisa.

—¡No!—exclamó— ¡Voltaire era un gran escritor! ¡Como pocos! Yo no sé si poseía el castellano, pero si así era, como supongo, no escribiría tan mal la hermosa lengua de Guillén de Castro, de Lope de Vega y de Ruiz de Alarcón! Sin duda, caballeros, que un espíritu chocarrero se está burlando de todos nosotros!

Y dijo, y tomó el sombrero, y se retiró, sin que nadie pudiera detenerle.

Mucho se habló en Villaverde del incidente. Desde entonces, si mentais al escribano, os dirán todos:

—¿Porras? ¡Si es capaz de disputar con los difuntos!

Correctamente vestido de negro, albeándole

la camisa, desaliñado el calzado y muy peinada y brillante la profusa barba, era un tipo de los más simpáticos; pero más simpática aún era su charla. Conocía muy bien á Castro Pérez; se complacía en hacerle rabiarse, y cuando éste iba poniéndose mohino le calmaba con un chiste ó con una frase halagadora.

Los primeros días me le encontraba yo en la esquina, y pasaba sin saludarme; después solía decirme, entre afable y sereno: "Adiós, joven!" Más tarde, cuando conversé con él en el despacho, se mostró conmigo cariñoso y sincero. Le oí, y quedé encantado de su charla. Por gozar de ella procuraba yo retardar el trabajo, aquellas copias de los alegatos de Castro Pérez, difusos, cansados y fastidiosos, que me tenían por largas horas pegado á la mesa. Castro no dejaba salir de su casa un escrito suyo si no iba puesto en limpio por el amanuense. Tengo entendido que sabedor de que sus conocimientos gramaticales eran pocos, temía soltar una faltilla ortográfica que hiciera reír á sus enemigos y menguara su bien sentada reputación de sabio y profundo conocedor de las humanas letras.

Volvamos á mi amigo Quintín. No tenía humos ni vanidades, y lo mismo trataba al rico que al

pobre, al discreto que al tonto. Llegaba, y parado en la puerta, bajo el carcomido dintel, se detenía atusándose el bigotazo. Al verle yo, se inclinaba, quitándose el sombrero, me dirigía correcto saludo, siempre acompañado de una picante alusión á la disputa de la víspera, y luego, en voz baja me decía:

—¿Está el tío?

El tío era el abogado. Así llamaba á un superior cuando hablaba de él con quienes le estaban sometidos.

Tomaba asiento en el banco monacal. A poco, después de ofrecerme un tuxteco y de encender el suyo, se soltaba:

—¿No ha venido Linares? ¿No ha venido el gran tartufo? ¿Qué dice el Doctor? ¿No pasó por aquí esta mañana? ¡Tal para cual! El uno, hipochondriaco, quejándose todos los días de una nueva enfermedad; el otro, listo para recetar y sacar los pesos al don Cosme. Entre los tacaños, Linares. . . . ¡Las tenazas de Nicodemus!

Porras era maldiciente; pero tenía una cualidad muy rara en los murmuradores: no calumniaba ni ofendía. Por lo menos nadie se daba por lastimado. Con una gracia particular y cierto no sé qué donoso y chispeante, provocaba á reír,

por mucho que de ordinario alzarán ámpulas sus censuras. La víctima reía y quedaba desarmada, y ni replicaba mohina ni respondía disgustada.

Pronto estimé á Porras en cuanto valía; no tardé en medir aquella nobleza de corazón, aquella sencillez de alma que parecía opuesta á toda acritud, y que, sin embargo, era ingente en mi amigo; sencillez ingenua, infantil, que se manifestaba á cada minuto en burlas y censuras de cuanto parecía injusto y merecedor de vituperio. Quintín decía cada verdad que temblaba la tierra, cada verdad tamaña como un templo, y ni sus amigos ni las personas á quienes tenía en subida estimación escapaban de sus filosas tijeras. Tenía algo, mucho, del amigo ingenuo que nos ha pintado á maravilla Edmundo de Amicis en uno de sus libros más hermosos; de ese cruel amigo que nos domina desde el primer día, que nos subyuga, que nos hace sus esclavos, sin que nos sea dable rebelarnos en contra de él; que con una frase nos parte medio á medio, y que, riendo, del modo más natural, en presencia de todos, sin discreción ni consideraciones de ninguna especie, nos dice lo que no queremos que nadie nos diga, ó que á propósito de una debilidad ó

de un afecto que ocultamos con el mayor empeño, nos lanza un chiste que penetra en nuestro corazón como la hoja de un puñal; amigo contra el cual no podemos alzarnos indignados por duro que sea con nosotros, ya porque somos impotentes para replicarle de modo que nos asegure el triunfo, ya porque, á pesar de todo, le estimamos y le amamos por sus muchas cualidades. Quintín Porras,—no le venía mal el apellido—poseía el dón de penetrar con la mirada en lo más hondo de la conciencia ajena. Caía en ella como el buzo en el mar, como buzo que se sumerge hasta apoderarse de la concha. La asía, no la soltaba, y salía luego á flote, pregonando su victoria. Sin pararse en pelillos descubría el secreto sorprendido, haciendo de él fisga y chacota. En ocasiones nos sacaba los colores al rostro. Ganas daban de contestarle con un revés ó con un insulto atroz; pero Quintín tenía siempre una sonrisa, un chiste, una frase cariñosa para calmar la tempestad. Paraba el golpe, y no había más remedio que tomar á broma el incidente, reír, dar un abrazo á quien momentos antes hubiéramos estrangulado de muy buena gana, y seguir oyéndole.

Nadie como Porras para dar un buen consejo;

ninguno más discreto y atinado para el arreglo de un asunto grave; nadie como mi amigo para hacer un beneficio, sencilla y noblemente, del modo más natural, sin lo repugnante y forzado que tienen en Villaverde la abnegación y el desprendimiento.

Buen contraste hacia Porras con Castro Pérez y con don Cosme. El primero: un pavo vanidoso, engreído con su fama, pagado de su saber, de su crédito y de su dinero, atascado en el pantano de su prosopopeya jurídica; el segundo: larguilucho, cetrino, amojamado, con aspecto de sacristán, célibe por egoísmo, alardeando á todas horas de timorato y concienzudo, discreto y medido, paciente y culto. Paréceme que le veo sentado en el *butaque*, con la pierna cruzada, preso en la estrecha y perdurable levita, puesto en las rodillas el gran pañuelo de algodón, de un color indefinible. A nadie contrariaba; con nadie reñía; tenía el talento de saber callar, siempre temeroso de que le conocieran, empeñado en ser un arcano para todos, soñando, poniendo paz, tratando de conciliar sus deseos y sus malas pasiones con los preceptos de la moral más severa, el cumplimiento de la ley divina con la utilidad y conveniencia propias. El rostro de

suaves líneas; los labios delgados; la nariz afilada; el mento saliente y azuloso; la voz fina, aguda, de timbre dulzarrón. Esto le pinta maravillosamente: se cuenta en Villaverde, que nombrado albacea de un clérigo rico, que dejó largos los cien mil del águila, desempeñó con singular actividad el pesado encargo. Dicen todos los villaverdinos que el piadoso clérigo señaló una fuerte suma para que su albacea mandara decir mil misas. Mil pesos legó para ello el testador, y Linares se dijo:—"Aquí mil misas me costarían mil pesos. Haré que las digan en Italia. En Roma es corto el estipendio, una lira. . . ."—y así lo hizo, y se aplicó el sobrante en pago de sus buenos servicios.

Era de ver cómo se divertía con él y con Castro Pérez el amigo Porras. Los viejos se instalaban en los *butaques*. Quintín permanecía de pie, moviéndose de aquí para allá, atusándose la barba ó retorciéndose el bigote con beatífica dulzura. Solía poner á discusión un punto teológico ó una cuestión de Derecho; á veces refería un cuento carminado. Si era lo primero, luego saltaba el abogado, que se decía muy fuerte en tales asuntos, y allí era aquello de citar autores y el oponer razones que Porras desbarataba de un soplo.

Solían ser de aquellas que algunos llaman de *porque sí*, y había que oír al escribano. Si eran buenas, mi amigo argumentaba con sofismas que sus compañeros no acertaban nunca á distinguir; si eran vacías y fuera de propósito, Porras recurría á la sátira para quemar á los buenos señores.

Los cuentecillos venían al fin. Castro Pérez no se alarmaba, antes parecía oírlos con interés; pero Linares montaba en Júpiter, ó movía la cabeza como repitiendo:—“¡Qué cosas! ¡Qué cosas! ¡Es vd. atroz!”

Yo, desde la pieza contigua, lo oía todo, me reía á carcajadas y gozaba de la tertulia lo que no es dado imaginar.

A las seis me iba yo á la plaza para oír á la señorita Fernández; pero cuando la discusión se prolongaba hasta las siete, me hacía yo el sueco y me quedaba oyéndola.

Un día Quintín estaba de vena. Se hablaba de las costumbres de Villaverde. Porras las censuraba con la mayor acritud; el abogado las defendía, y Linares decía que habían variado mucho, y que él no se explicaba el cambio de ellas.

—Veamos claro;—decía lleno de fuego el amigo Quintín,—veamos, don Cosme; veamos claro,

don Juan: ¿se quejan vdes. de que hay en nuestra tierra muchos holgazanes? Tienen vdes. razón; los hay, y son más de los que vdes. suponen. ¿Lamentan vdes. la corrupción de los *villaverdinos* (*villaverdinos* con perdón de vd.) que crece más y más cada día? Pues voy á explicar la causa de todo eso. ¡En dos palabras! ¡En dos palabras! Nó; en dos palabras nó; pero veré de explicarlo brevemente.

Encendió el apagado puro, tomó aliento, se pasó la mano por los bigotazos, y prosiguió en tono dulce, persuasivo, apacible, como si quisiera agradar á sus interlocutores:

—Vean vdes.: el mundo siempre ha sido mundo; corrupción la hubo siempre; por algo mandó Dios el Diluvio. ¿Quién se atreve á tirar la primera piedra? ¿Vamos, quién? ¿Vd., Licenciado? ¿Vd., mi señor don Cosme?

Y los miraba de hito en hito. El abogado se acariciaba el abdomen con cierta complacencia de epulón, y Linares bajaba los ojos humildemente, y enclavijaba las manos larguiluchas y y exangües, como diciendo—“¡Soy un gran pecador!”

—Pues bien: corrupción siempre la hubo, aquí en esta levítica ciudad, y en Pluviosilla, y... va-

mos, ¡en todas partes! Vagos y ociosos no faltan en parte alguna. Ahora bien: ¿por qué son tantos en Villaverde?

Don Cosme movía la cabecilla y hacía un gesto de duda, para decir: —“¡No lo sé!” Castro Pérez se componía las gafas.

—Voy á decirlo, ¡Porque en esta tierra no tiene porvenir la juventud! ¡Porque los horizontes son oscuros! Y todos, vd., don Juan; y vd., Linares; y yo; todos los villaverdinos, sin excepción alguna, nos empeñamos en cerrar á los jóvenes el camino de la prosperidad. ¡Esto es lo cierto!

¿Dudan de ello? Vamos al grano; dígame vd., mi señor don Juan, hágame el favor de decirme: ¿cuánto gana ese muchacho que tiene vd. aquí, y que trabaja de la mañana á la noche? Veinte pesos al mes. ¡Y me parece mucho! ¿Cree vd. que con eso pueda vivir?

Don Juan iba á contestar:

—Pero, amigo don Quintín. . . .

Éste le quitó la palabra:

—¿Tendrá con eso lo suficiente para comer, vestir, pagar casa, y subvenir á las necesidades de su familia? No, ¡claro que nó! Con esos veinte pesos, ó quince, ó diez, ó menos, que eso ganará, porque vd. no peca de pródigo, no le alcanzará

para comprarse un par de botines. Cuando más para sostener ese lujo de corbatas chillonas con las cuales anda tan majo, rondando la casa de la señorita Fernández. . . .

Le oía yo desde la otra pieza, y sin embargo, me sonrojé. Me pareció que tomaban á prodigalidad que gastara yo corbatas bonitas, como si eso me hiciera merecedor de castigo. Lo de que rondaba yo la casa de Gabriela Fernández me hizo reír. Todos lo decían en Villaverde, pero no era verdad. Me gustaba la rubia, á qué negarlo, pero nada más; mi corazón era de Angelina.

—Pues bien,—continuó Porras—y qué tiene eso de extraño? Gasta lindas corbatas. . . ¡Es natural! ¡No había de usar harapos de seda, como ese pañuelo raído y sempiterno que lleva vd. al cuello, á manera de dogal, amigo don Cosme! No hay que divagar. Sigamos con el capítulo primero. Pregunto: ¿de qué vive ese joven? ¡Pues de lo que en su casa le dan!

Sentí ganas de entrar en el gabinete de Castro Pérez y estrangular al escribano, el cual siguió diciendo:

—¡No puede hacer otra cosa! ¿En qué puede ganar más un chico que acaba de salir del colegio, y que vive, acaso por necesidad, en esta

ilustre y magnífica Villaverde? Pues así como Rodolfo viven todos los muchachos villaverdinos. Muchos no tiene en qué ocuparse. Los que gozan de un empleo ganan poco, y tal vez quien trabaja más tiene sueldo más corto. Vd., don Juan, no se dejaría ahorcar por diez ó doce mil duros; tiene vd. magníficas entradas, porque los pleitos y los chismes producen la plata, pues bien, así fuera vd. más rico que el mismísimo Creso, no le subiría el sueldo á ese pobre muchacho. Eso que hace vd. es lo que hacen todos aquí, todos! Cuántos conozco yo, personas ricas, podridas en plata, que reciben en su casa á éste ó al otro joven. . . . De meritorios, por supuesto que de meritorios, y en dos ó tres años no les pagan un real. No les dan nada, nada, no señor, que bastante tienen los infelices con el honor de servirlos! Pero al cabo llega un día en que la víctima ya no quiere trabajar de balde, se aburre de hacer méritos, y tímida y temerosa solicita respetuosamente que le señalen sueldo, sueldo, aunque sea corto. Entonces, ¿saben ustedes lo que sucede? Pues entonces con cualquier pretexto le despiden, ó le ponen en condiciones tales que le obligan á tomar el portante. ¿Se va? ¡No hay cuidado! ¿Hace falta el meritorio, que

era muy útil y muy cuidadoso de los intereses de su jefe? ¡No importa! Ya caerá en la red otro meritorio, otro infeliz, otra víctima. . . . El pobre mancebo que sirvió fielmente dos ó tres años se va á la calle. Necio de él, que, en su candorosa necedad, creyó que alguna vez serían recompensados sus trabajos, si no con dinero, si con estimación y cariño! ¡Pobre tonto que tuvo la esperanza de encontrar allí brillante y risueño porvenir, trabajo para toda la vida, modesto bienestar! Se va. . . . ¡Quiera Dios que salga de allí con la reputación intacta! El jefe, para evitar hablillas y censuras, se disculpará fácilmente; ¿Saben ustedes cómo? Dirá que el pobre meritorio metía la mano en el cajón; que vestía bien, que frecuentaba los teatros. . . . ¡Qué ironía! ¡Los teatros de Villaverde! ¿De dónde salía dinero para todo esto? ¡Pues ya lo sabe todo el mundo! ¡Del cajón! Hay otro medio más expedito. ¿Cuál? No hablar del asunto. ¿Preguntan por qué se fué el meritorio? Pues no hay más que hacer un gesto intencionado, fingir una sonrisa despreciativa, discretamente maliciosa, que lo diga todo. ¡Mentira y calumnia! La madre y las hermanas del pobre meritorio trabajaban para vestir al muchacho. ¡Cómo había de ir al estable-

cimiento hecho un pordiosero! Esta es la verdad: creían, como el muchacho, que el mancebo estaba en camino de ganar el oro y el moro. “¡Como el jefe lo quiere tanto—dirían—pronto le señalará sueldo, y buen sueldo! Entonces será otra cosa.”

—Pero...—repuso Castro Pérez.

—¡Por Dios, don Quintín!—exclamó don Cosme.

—¡No hay pero que valga!—continuó el escribano.—¡Esa es la verdad! ¡La pura verdad! ¡Eso pasa todos los días! No se alarmen ustedes, que falta lo mejor! Sale el pobre muchacho de aquella casa, y safe con el crédito perdido, y, como es del caso, no halla empleo. Espera encontrarle más tarde, pero el dichoso día no llega nunca, y como ya se acostumbró á que le mantengan los suyos, y perdió el ánimo y toda esperanza de medro, se echa á vagar, á vivir de ocioso; se envidia, se corrompe, se resuelve á entrar en cualquier establecimiento donde trabajará mucho y ganará una miseria, casi nada, y entonces, ¡entonces sí que no respondo de su conducta! Ahora vamos al punto segundo. ¿Sabe vd., don Cosme, por qué los jóvenes de Villaverde no son un modelo de buenas costumbres? Pues... por la sen-

cilla razón de que aquí no hay trato social; porque aquí ni los hombres tratan á las mujeres ni las mujeres á los hombres. Viven separados los sexos. Nada más á propósito para que se corrompan las costumbres que la soledad y la tristeza *villaverdinas*, (con perdón de vd.); nada más á propósito que la separación cenobítica de los sexos. Por la noche nadie sabe qué hacer de su persona. ¿Hay aquí bailes, tertulias, teatros? ¿Reciben las familias? ¡Qué han de recibir! A las ocho de la noche se encierran á piedra y lodo, y las que no lo hacen... Pase vd., y verá cómo están las niñas durmiéndose en la sala, muriéndose de fastidio y desesperación! Separe vd. los sexos, y ya verá vd., ya lo verá! Por lo pronto se llevará Satanás á los del género masculino.... Después.... ¡Omito el cuadro! ¿Una boda? ¡Cada veinte años...! ¡Y con razón! Si los chicos y las chicas ni se conocen ni se tratan. Los muchachos no tienen en qué pensar, y como no han de ir á jugar tresillo con nosotros, se van por esos mundos de Dios, ó del Diablo, y... ustedes saben lo que sigue!... Y he dicho y preguntado más que Ripalda, y aquí paz y después gloria! Amén.

Gruñó el reloj de pesas, y soltó el repique de

sus campanas disonantes. Eran las siete de la noche. Tomé el sombrero y me dispuse á salir antes de que acabara la tertulia. Al irme oí que Porras decía:

—Vámonos. Ya estamos en tinieblas, y el buen amigo don Juan es tan avaro que no quiere gastar en una vela; por eso nos tiene á oscuras. ¡Viva el obscurantismo!



XXIV.

Mi entrada en el despacho de Castro Pérez fué para mi tía Pepa el colmo de la dicha, no sólo porque allí ganaría algunos duros su pobre sobrino, sino porque creía, en su candorosa sencillez, que dados el crédito y la buena posición del abogado, éste aseguraría mi porvenir. Se mostraba contentísima la buena señora é iba diciendo por todas partes:

—¿Ya saben vdes? ¿No lo saben? ¡Estamos muy contentas! Rodolfito está colocado en el bufete del señor don Juan. ¡Ahora sí que se acabaron las penas y las dificultades! ¡Ya el sobrino tiene un buen sueldo, y, si Dios quiere, me quitaré de lidiar con la chiquillería!

Pero la enferma veía las cosas de otro modo.